

"Yo creo, ante Dios, que una vez pasada la tormenta del odio, que el pecado ha atraído sobre nuestras cabezas, el bienestar volverá a tí, ¡oh pueblo checo! Tuya es esta herencia, a ti confiada antes que a otros países, amado pueblo. Tornarás a la posesión de tus derechos, como propios, en cuanto Dios haya merced de ti y el Señor, nuestro Salvador, te devuelva al camino de la verdad".

"No pierdas tu ánimo, oh nación mía consagrada al Señor; no perecerás. Que tus hombres crezcan en número. Bendice, oh Señor, sus hazañas y sean a ti gratas sus obras. Abate las frentes de sus enemigos y, quienes te odien, no es levanten ya más. Tuya, Señor, será la salvación y la bendición que ha de caer sobre mi pueblo".

La Sombra de Nerval en los bosques de Valois

Por FRANCIS CARCO

ES preciso ir siempre hasta el fin de las influencias. Mientras más temprano se resienten, más pronto también logra uno librarse de ellas. Algunas se reabsorben por sí mismas. Y las otras vienen más tarde a formar parte del temperamento de cada quien, al cual temperamento proporcionan un equilibrio, según muy diversas reacciones.

Yo no puedo casi creer en un talento absolutamente independiente. Baudellaire está ya en Nerval, a lo menos por cierto acento de desesperación secreta y fascinadora:

Je suis le ténébreux—la veuf—l'inconsolé.

¿Habéis visitado alguna vez Chaalis, Ermenonville y su cementerio de Montefontaine? Todo allí es claro, sonriente. Aquellos bosques, en que el abedul es el árbol que domina, nos hacen pensar, yo no sabría decir por qué, en mujeres rubias y graciosas, de rizadas cabelleras. Y el aire tan vivo y tan salubre, no obstante los estanques, parece que sólo podría inspirar esas delicadas baladas que todas las niñas de Valois y sus hermanas mayores, y sus madres, han venido transmitiéndose de época en época y que cantan todavía por las noches de verano aquí y allá, formando rondas. Yo había visitado el castillo de Chaalis, su vieja iglesia, sus ruinas, su jardín rodeado de muros en que los tallos de las rosas tiemblan al viento del otoño y me decía que si existe en el mundo alguna región en que el humor sombrío de un poeta no parezca tener correspondencia con el lugar, esa región es ésta, sin duda. Y, sin embargo, deben rondar aquí algunas de las sombras evocadas por las antiguas canciones. La tarde iba cayendo. Un círculo oscuro acentuaba sobre el cielo pálido y verdoso el desgarrado perfil de la antigua abadía. Al dirigirme a la salida, alcancé a escuchar de pronto unas voces frágiles y, acercándome al lugar de donde se elevaban, púseme

a mirar. Era en un patio, frente a los antiguos establos. Seis muchachitas daban vueltas en derredor de una de sus compañeras, tomadas de las manos. Y cantaban lindamente:

*Ma fille, il faut changer d'amour
Ou vous resterez dans la tour.*

Escondido tras un cercado, yo me había detenido, bajo los abetos, cuyas anchas ramas, cuando el viento las movía, hacían un ruido como de presa que se desborda. Nadie, sino yo, que reparara en estas niñas. La mujer del guarda preparaba la cena: la veía yo ir y venir en su cocina. A ratos relinchaba un caballo o tiraba de su almartigón, haciéndolo sonar. La ronda se detuvo un momento, pero para entonar muy pronto una nueva canción, con un tono más vivo. Se trataba ahora de una doncella a quien tres capitanes, de paso por el país, habían raptado y conducido a Senlis.

"Cuando la hermosa doncella, nos dice Nerval, se da cuenta de que su comportamiento ha sido un tanto ligero—después de haber presidido la cena—, decide fingirse muerta, y los tres caballeros son lo bastante ingenuos para creer en el engaño. Y entonces se preguntan a dónde tendrán que llevarla.

Au jardin de son père,

dice el más joven..."

Parecíame soñar; reconocía el estribillo de la *Angélica* y lo escuchaba sin que ninguna de las niñas se diese cuenta de mi presencia. Por último, todas a un tiempo se pusieron a cantar, como si aquella aventura les hubiese realmente ocurrido.

*Ouvrez, ouvrez, mon père,
Ouvrez sans plus tarder:
Trois jours j'ai fait la morte
Pour mon honneur garder!*

Han transcurrido ya cinco años desde entonces y, sin embargo, cuando revivo en mi memoria esta escena, el cabeceo de los pinos y la paz extraordinaria que reinaba en aquel patio abrigado contra el viento, me transportan a una época tan lejana, que no sé ya si Nerval se encontraba allí detrás del cercado, junto a mí... Tengo, sí, la certidumbre de que yo no estaba solo. Tal fascinación experimentaba Nerval ante la muerte que nos explicamos en seguida por qué le emocionaba tanto esa canción. La muerte: palabra que a cada momento está en los puntos de su pluma. En efecto, en esas exquisitas novelas cortas tituladas *Hijas del Fuego*, puede también leerse: —"¿Cómo está mi padre—inquirió ella con brevedad.

—Ha muerto, respondió Toffel.

—¿Y mi madre?

—Ha muerto también, le fue contestado.

—¿Y mis hermanos, mis hermanas?

—Se han dispersado por el mundo".

Su poema las *Cidalisas*, aquel que comienza con este verso: "¿Dónde están nuestras enamoradas?", ¿no sentís que hace vibrar en nosotros un sentimiento de extrañeza, en el que, por una

parte, Nerval se halla cerca de los románticos y, por la otra, cerca del poeta de las *Flores del Mal*. Apenas un matiz—¡y tan sutil!—, pero un matiz que basta, como una lucecita en la noche, para guiarnos a través de las oscuras selvas, en donde se diría que el infortunado Gerard gustó siempre de darse miedo él mismo. Un poder oscuro lo atraía, y reteníalo allí. ¿Qué hacía él sobre la tierra? ¿Qué compromiso lo mantenía aquí, entre el sueño y la locura? ¿Pasó su existencia acaso en el mismo estado de espíritu de uno de esos viajeros que en ningún lugar se sienten en su patria? Se diría que su misión consistía en comunicar a todas las cosas un aspecto de extrañeza, de incertidumbre... “Se han dispersado por el mundo”. ¡Esta sola frase nos dice tanto sobre él y sobre su obra! La fría melancolía que se desprende de esta frase ha evocado siempre en mí la que se respira en algunas mansiones abandonadas, en las que entramos acaso en el curso de un paseo. Tal vez hemos penetrado por un muro caído del parque, o a través de una ventana ya sin puertas. El papel tapiz de los cuartos conserva vagamente, en algunos sitios, la huella de un mueble o de un cuadro que le ha impedido desteñirse allí como en el resto de la habitación. Pero el techo se halla hundido. Y la humedad que, poco a poco, ha ido infiltrándose por todas partes ha hecho combar las ruedas del salón, los artesanos..., ha hecho caerse la pintura y atacado a tal punto las puertas, que algunas ya no podemos abrirlas, quizá para añadir a la desolación, la vaguedad de un secreto más, o tal vez, de un misterio, del cual nadie ha de llegar a alcanzar nunca la inútil y vacía profundidad.

Como diría Jammes:

*Jusqu'à cette fenêtre que nous avons ouverte,
En attirant du bois pourri le fil de fer...*
(Nouvelles Littéraires. Paris).

Contestación a Ferrara

Por JUAN MARINELLO

EN el *Heraldo Liberal* de 19 de abril se publican, a todo honor, unas palabras de mi discurso de apertura en el pasado Congreso Nacional de Escritores y Artistas de México. En número posterior del mismo periódico, el señor Orestes Ferrara comenta y utiliza tan hábil como torcidamente mis palabras. Aunque cada día creo menos en la eficacia de las polémicas periodísticas, parece obligado en el presente contestar al señor Ferrara. No por él, sino por los que, menos duchos que él en el juego de las palabras, pueden desorientarse por sus ligeras aseveraciones. El caso que nos ocupa es, por otra parte, tan sencillo y claro que bastarán brevísimas precisiones.

El sentido de mis palabras en la apertura del Congreso de la LE-AR, no da lugar a dudas y

sólo el crónico maquiavelismo del Canciller machadista pudo mudarlos en su provecho. Dije en síntesis en aquella preciosa ocasión —y ahí está el número 8 de *Mediodía* donde se reproduce mi discurso en su integridad—, que, en momentos en que la reacción se integra en frentes fascistas, podían y debían entenderse el comunista de partido y el liberal ortodoxo porque uno y otro querían, por caminos diversos, la igualdad entre los hombres, al paso que el fascista pretende el mantenimiento de las viejas desigualdades. No hay que decir que me refería al liberal en el sentido recto, universal, científico, de la palabra, es decir, al devoto de la democracia tradicional, al que quiere el respeto absoluto a la opinión de todos, al que trabaja sinceramente por el advenimiento de la igualdad sin querer mudar por la raíz, como el marxista, la organización económica del mundo.

El señor Ferrara, como de costumbre, toma las palabras por los cabellos de su interés: Y da por consabido que el liberalismo a que me refiero es el del Partido Liberal cubano. Cosa imposible y atribución peregrina porque el tal Partido, que tuvo y tiene a Ferrara como máximo orientador, ha sido en la realidad —y de realidades hablamos—, la más flagrante contradicción del liberalismo verdadero. El liberalismo es, como escuela política, el respeto al criterio honesto de todos los hombres y el Partido Liberal, que fue gobierno con Machado y con Ferrara, fue la intolerancia consumada. El liberalismo verdadero es la atención de lo legal, de la norma que los hombres se han dado para una convivencia civilizada. Y el Partido Liberal, gobierno con Ferrara y con Machado, fue la transgresión sistemática y arbitraria de la Ley. El liberalismo significa el respeto a la vida y el gobierno *liberal* de Machado y de Ferrara significó el desprecio por la existencia humana. Sabe bien el señor Ferrara que no estoy hablando de conceptos discutibles, sino de hechos sin discusión. Siendo el señor Ferrara Embajador de Machado en Washington, fuimos sometidos a prisión por largo tiempo millares de cubanos sin que en ningún momento se nos dijera, de acuerdo con la norma liberal y democrática, a qué obedecía aquella cruel limitación de nuestros derechos. ¿Era aquello liberalismo? Sabe también el señor Ferrara que la razón para nuestro encarcelamiento, la del mío al menos, no fue otra que la de haber dicho —de acuerdo con las franquicias liberales—, en artículos y discursos lo que pensábamos honradamente sobre el momento político de nuestra tierra, sin que cayéramos en caso alguno “dentro de las responsabilidades judiciales”. Siendo el señor Ferrara Secretario de Estado del gobierno *liberal* de Gerardo Machado me vi forzado, como otros cubanos numerosos, a salir de Cuba por que el atentado contra nuestras vidas estaba decidido *liberalmente* por el gobierno de los señores Machado y Ferrara. ¿Es este liberalismo?

El señor Ferrara no es hombre indocto en estas cuestiones. Recordaré siempre aquellas lecciones de Derecho Político que nos ofrecía en los días universitarios, lecciones taradas, como todo lo suyo, de ademán espectacular, pero revela-